

manera en el progreso de China y Japón. En 1650, cuando los rusos llegaron á Amur, encontraron bosques desiertos, por los que erraban pocos cazadores tunguses. Kanghi fundó una colonia militar china y mandchú en la desembocadura del Seja, como defensa contra posibles expediciones rusas; pero 150 años después no había más que 10.000 almas en un espacio de 60 *verstas*. Los rusos, mientras tanto, habían fundado una colonia más poderosa, pero el clima y las condiciones del terreno no son favorables á sus empresas, y en el territorio inferior del Amur la agricultura ha hecho escasos progresos. El extremo Nordeste del país está habitado por giliacos en el delta del Amur y las costas del mar de Okhotsk. Parece que también les perteneció la mitad septentrional de la isla de Sakhalien, mientras que los ainos poseen la mitad meridional de esta isla y la parte Sudeste del territorio del Amur, Yeso y las Curiles. Numerosas huellas prehistóricas halladas en dicha isla prueban que la población de aquel país se encontraba en condiciones de civilización diferentes de las que reinaban en la época de sus primeras relaciones con los europeos. Casi en todos los puntos donde ahora se han establecido colonias, se encontraron, por medio de excavaciones, objetos de piedra, parecidos y hasta idénticos en la forma, á los que se recogieron en la Rusia europea. También se encuentran muchos restos de sencillas vasijas de barro y de habitaciones de la edad de piedra; cuevas redondas, cavadas en la tierra, que se parecen á las de los kamchadales, trozos de huesos de osos, perros y otros animales.

En los anales chinos se hace mención de los mandchúes que ocupan hoy día la Mandchuria hasta el mar Amarillo, como de pueblos nómadas. No eran todavía mogoles. El progreso extraordinariamente rápido de la colonización china es más bien de atribuir á la circunstancia de que los mandchúes son un pueblo rudo, pero sencillo y bueno, cuya instrucción no es tan difícil como la de los mogoles; justamente se ha comparado su docilidad y capacidad con la de los japoneses. También el pueblo de los chutchis, cuyos príncipes erigieron un Estado de semejanza extensión é iguales fronteras sobre las ruinas del reino de Kitán, parece haber mostrado igual facilidad en acoger la cultura china. Este reino no duró más que un siglo, aunque los conquistadores fuesen ya, por costumbres y lengua, casi chinos. Después vinieron las dinastías de los mogoles y de los Ming, que obligaban á los mandchúes á pagar tributo, y cuando con la conquista de la China se efectuó un verdadero cambio de pueblos en los dos territorios, aquellos que habían dominado tanto cayeron tan rápidamente en la oscuridad de una vida nómada de cazadores sin historia, que ni siquiera se conocen las relaciones en que estuvieron los mandchúes con el pueblo caído. Se ve que antes de esta época penetraron elementos chinos entre las poblaciones que moraban más allá de Liaoho, y esto explica el rápido camino que recorrieron después. En el siglo décimo, cuando surgió en la Mandchuria del Sud el reino de los khai, al que se añadió más tarde una gran parte de la China (Katai), numerosos chinos, la mayoría prisioneros de guerra, habían colonizado la Mandchuria. Más adelante este procedimiento se desarrolló en grandes proporciones; es un progreso tan interesante para el conocimiento del sistema de colonización china, como instructivo para determinar las fronteras de su expansión política.

Cuando las hordas conquistadoras tunguso mogolas, que como los mandchúes derribaron la dinastía de los Ming en 1944, se hubieron establecido en la China, empezó desde luego una doble emigración: de los mandchúes á China y de los chinos á la Mandchuria. Esta emigración ha dado

por resultado el que los primeros vayan desapareciendo de dos siglos á esta parte y el que la Mandchuria esté habitada por 10 ó 11 millones de chinos. El país, en su mitad meridional comparable al Norte de la China por lo fértil, estaba poco poblado, y los colonos podían esperar protección y estímulo del gobierno que favorecía la colonización por medio de desterrados, en parte reos de delitos comunes y en parte descontentos políticos, y estos últimos formaron el núcleo de la nueva colonia. La actual provincia de Liaotong, punta meridional de la antigua Mandchuria, vió aumentar en el siglo pasado, en el espacio de veinte años, el número de sus habitantes desde 200.000 á 700.000 y últimamente se calculaba en 8 ó 9 millones. Los mandchúes fueron cada vez más rechazados hacia el Norte, cuando no se fundían con los colonos. Al mismo sistema de alejamiento se refiere lo que asegura Wenjukow, esto es, que á pesar de una disposición, que reserva á los mandchúes los cargos principales en su patria, los chinos supieron ocupar cargos de grande influencia, y que los habitantes que no son chinos aborrecen á los chinos democráticos. Esto no impide que la aristocracia se haya reservado notables privilegios en la propiedad y en la administración. La extensión de los terrenos libres de impuestos poseídos por los mandchúes ha despertado la cólera de los chinos, lo propio que la administración en general. Estos funcionarios ó han olvidado la lengua mandchú ó han aprendido la china, y aunque hablen su lengua materna, acostumbran enviar á sus hijos á escuelas chinas, muchas de las cuales fueron fundadas á expensas de los inmigrados, que llamaron de su patria maestros especiales; de suerte que el estado de la instrucción es bastante satisfactorio. Los mandchúes no se ocupan en tales cosas, á pesar de que la difusión de las escuelas chinas ha influido para fomentar el predominio de la población oriunda del Celeste Imperio. Todas las ciudades del norte de la Mandchuria, es decir, aquella parte que está rodeada de una muralla, parece más bien un cuartel, ocupado casi únicamente por soldados y empleados, mientras que los arrabales están compuestos de casas de madera, sistema que siguen los chinos también en la Mogolia. Mukdem, la ciudad santa de la dinastía mandchú, es la única en que las viviendas son de piedra: las aldeas son mucho más pequeñas que en la China misma, y casi se pueden calificar de rudimentos de tales: hacia el Norte son siempre más mezquinas; así muchas de Sungari, Amur y Usuri se componen de cinco, tres y hasta una sola casa.

La libertad del gobierno patriarcal que se goza en la frontera ruso-china, ha hecho que se formaran allí relaciones especiales, parecidas, en cuanto lo permite el carácter asiático oriental, á la independencia del Far West en la América del Norte. Se ha formado últimamente el pueblo de los chunchusos, poco numeroso, compuesto de bandidos atrevidos y armados, que tienen una especie de alianza con los chinos llamados mantzes; estos últimos son encubridores, espías, proveedores y mercaderes, que amparan á los chunchusos en sus depredaciones. Hasta ahora los rusos no han logrado desarraigar tan grave inconveniente, tanto porque no pueden perseguirlos con bastante energía más allá de la frontera, donde residen y encuentran siempre escondites y secuaces, cuanto porque los rusos mismos no consideran bastante á los mantzes, cuyo número desconocen.

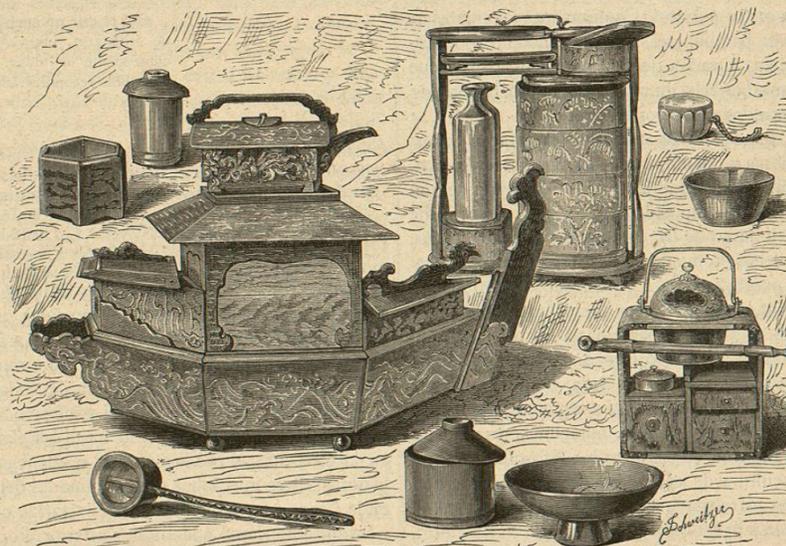
Los límites de las regiones hasta donde ha extendido la China su influencia llegan por el Norte hasta el lindero de los bosques que empiezan en el curso inferior del Usuri y del Sungari, cubren todo el territorio del Amur y terminan en la costa. Cuando los rusos penetraron en aquellas re-

giones sombrías, no era la caza de animales de piel fina lo que los atraía, sino un propósito tan mezquino como el de buscar raíces comestibles. Es sorprendente que no se apoderaran de la isla de Sakhalien cuando dominaban el Amur. Esta isla, situada cerca de la desembocadura de dicho río, hubiera caído desde mucho tiempo antes en poder de los chinos como ahora lo está en el de los rusos, si su política colonial hubiese sido tan enérgica y previsoramente prudente y sólida. Han ejercido en tiempos no muy lejanos cierto dominio sobre los ainos de Sakhalien y representado el papel de señores con los mercaderes y pescadores japoneses, que se adelantaban hacia el Norte, pero no poseían en la isla ningún establecimiento fijo, si no que más bien trataron de imponerse á los pescadores, cazadores y criadores nómadas de rengríferos, pero los japoneses se opusieron á menudo á

ello, pues tenían una fuerte colonia en la parte meridional de la isla.

Es un hecho averiguado que se encontraron mercancías japonesas en Yeso, Sakhalien y las Curiles, cuando los europeos conocieron por primera vez aquellas islas. Spanberg dice al tratar de los ainos de las costas de Yeso, que son muy velludos y que llevan un traje de seda muy holgado y pendientes de plata en las orejas. Es sabido también que los curiles sostenían en otros tiempos un comercio animado con el Japón á donde llevaban pieles de castor y de zorros y de otros animales, correas de piel de perro marino, plumas para barbas de flechas y otros objetos, cambiando estos productos por manufacturas varias, telas de seda, y vasijas de porcelana y de hierro.

Las tradiciones de los ainos sobre su origen son pura-



Objetos japoneses que forman parte del servicio de mesa (Museo Etnográfico, Munich).

mente míticas. Yeso, el verdadero país de los ainos japoneses, á consecuencia de sus condiciones climatológicas, no es favorable para el desarrollo de la población. El número de los ainos de Yeso era en 1873 de 12.000, mientras que diez años antes el cónsul británico de Hakodate los estimó en 200.000. De todas maneras el primer número es demasiado reducido, pero no pasará de 160.000. La historia, la tradición, la poesía, la pintura, la escultura y hasta la novela proporcionan datos claros acerca de la población que ha precedido á la que hoy habita en el Japón. El cuerpo fuerte, musculoso, cubierto de pelo de los ainos, su barba larga y negra, su cabellera enmarañada, sus rudas costumbres son objeto favorito de las artes imitativas. Es un tipo que está en la fantasía de los japoneses como un último resto del antiguo estado rudo de la humanidad.

Todos los tipos ainos se han reducido á dos, el uno de una estatura más baja que el otro (1^m60 y 1^m72), siendo ambos individuos más ó menos velludos. Su color es el de los japoneses menos morenos. También se encuentran en ellos caracteres mogoles y caucásicos. Su abundante pelo del que tanto se ha hablado no es rasgo característico de raza. A veces es más abundante que entre los europeos, pero siempre más que entre los japoneses, y esto es la causa de que éstos hayan exagerado tanto su importancia. Spanberg, que arribó en sus viajes á algunas islas

de la costa de Yeso; afirma que los ainos están enteramente cubiertos de pelo; pero como es muy posible encontrar individuos parecidos á los ainos en los curiles, en Sakhalien, á orillas del Amur y en la punta meridional del Kamtchatka, esta particularidad no parece tan notable. Los verdaderos rasgos característicos son la bondad y la honradez: no les falta ingenio, pero hay sobra de pereza, y el desaseo se puede calificar de extraordinario.

Entre las mujeres ainas, el tatuaje es general y afea muchas caras que serían bonitas. Esta costumbre es más general y exagerada en las solteras hasta que se casan, y se le atribuye un sentido religioso. Los hombres se afeitan el cabello, desde la edad viril, en la parte anterior de la cabeza; ambos sexos llevan anillos en las orejas, pero por lo demás no se ocupan mucho del cabello. Los ainos no conocen la costumbre japonesa de afeitarse las cejas y ennegrecerse los dientes. Las mujeres llevan cintas en la cabeza, los varones, en las fiestas solemnes, coronas de corteza, de las que cuelgan unos dijes que representan cabezas de oso ó de buho. Grandes pendientes de plata ó de estaño, joyas de plata y brazaletes de latón forman el adorno de las mujeres; cada niño lleva desde su nacimiento una pequeña joya de plata ó de estaño. Los trajes, en la estación calurosa, son de tela de corteza de olmo; en el invierno, de pieles; y consisten en una falda muy larga, una chaqueta, cal-

zas estrechas y zapatos de piel. Los varones van vestidos casi como las mujeres, con la diferencia de que llevan cinturón de piel que sostiene un puñal con mango y vaina de madera. Los niños en las cabañas andan desnudos, mientras que los adultos temen mucho ser vistos así desde el cielo, lo que, según su opinión, les acarrearía terribles castigos. A veces los trajes de ceremonia, especialmente los de los varones, están ricamente adornados de bordados, en cual trabajo las mujeres demuestran tanta habilidad como buen gusto. Prenda especial para las fiestas es un delantal de algodón azul con adornos encarnados y blancos. El novio regala á la novia un traje de ceremonia y un par de grandes pendientes de plata. Las prendas de lujo japonesas, cuando están usadas, se venden muy bien en Yeso.

Los ainos usaban flechas envenenadas. El gobierno japonés lo ha prohibido. Era un veneno tan violento que mataba un oso en 10 minutos. Comunmente las puntas de las flechas son de bambú, raras veces de metal. Los carcajes son de madera, forrados de corteza. Las espadas, que por lo común son también de madera, parecen haber sido introducidas entre los ainos por los japoneses.

Las cabañas de los ainos descansan sobre estacas cortas; son más espaciosas y cómodas que las japonesas. Las paredes bajas están cubiertas interior y exteriormente de junco; lo mismo que el empinado techo, que á veces mide siete metros. A lo largo de las paredes hay camas elevadas, cubiertas con pieles; en medio está el hogar; no hay ventanas y desde la puerta se pasa á un corredor oscuro que va á parar al interior. Los habitantes usan lámparas de conchas, con pábilo de algodón, parecidas á las de los esquimales. Enciéndese la lumbre con piedra y eslabón, siendo el principal combustible la leña podrida. Junto á la cabaña está la choza de las provisiones. Los muebles, los utensilios y las vasijas parecen groseras imitaciones de modelos japoneses. En la mayor de las Curiles, Etorofu, trabajan muy bien en escultura de adorno. La introducción de productos japoneses ha relegado á Yeso la actividad industrial. Los ainos no saben hacer trabajos de alfarería ni de hierro, y el metal de que se sirven procede del Japón. Los botes (véase el grabado de la pág. 365) son troncos de árboles ahuecados con tablas; cada remero tiene dos remos, pero se sirve de ellos por turno. El ancla (véase el grabado de la pág. 368) es un gancho de madera, cuyo peso se aumenta con unas piedras. Para la pesca tienen anzuelos, redes y arpones con puntas envenenadas. La pesca en los ríos es de bastante importancia, y el comercio de Hakodate depende esencialmente de la prosperidad de esta industria. La isla de Sakhalien y las Curiles son también importantes para el Japón por lo que se refiere á la pesca. La caza proporciona alimento á los ainos del Norte. Los perros de los ainos de las islas, célebres por su tamaño, parecen de raza afín á la de aquellos que arrastran los trineos de los ainos á orillas del Amur inferior. Se encuentran también, probablemente procedentes del Japón, gatos, gallos y ánades.

Con excepción de la vasta llanura de Satsuporo tan sólo en la costa hay trechos de terreno cultivado, interrumpidos por bosques pantanosos y praderas. El interior, montuoso y poblado de bosques, envía á la costa un gran número de rápidos ríos, el principal de los cuales es Iscari. Cultíbase con preferencia mijo, tabaco, habas, sandías, pepinos y nabos. El alimento principal es el mijo; se come tres veces al día. Además los ainos comen legumbres, carne y pescado, una hierba marina comestible y hongos. En otros tiempos pagaban el tributo al Japón en pieles y pescados. Comen también una especie de barro, aderezado con cebollas de lirio.

Los ainos respetan más á la mujer que los japoneses y los chinos. Ningún hombre puede casarse antes de los 21 años, y nunca sin el permiso del jefe. La poligamia es permitida tan sólo á los varones principales. Allí no existe derecho de primogenitura: es heredero el que el padre elige. Tampoco la dignidad de jefe es hereditaria. La hospitalidad y la cortesía hermosean y facilitan la vida social. Al fin de los banquetes los convidados beben aguardiente de arroz. No había gobierno propiamente dicho antes que el Japón crease vasallos y gobernadores. La tradición que afirma haber existido una escritura entre los ainos, se refiere probablemente á los caracteres chinos.

CAPITULO IV

ASIÁTICOS ORIENTALES

«No es este un pueblo prudente, fácil de orientarse, innovador é igualmente consecuente en todas direcciones, sino un pueblo reconcentrado dentro de sus ideas.»

SYRSKI

Constitución física, inclinaciones intelectuales. — Unidad supuesta del pueblo chino. — Chinos del Norte y del Sud. — Punti, Akka y Oklo en Kuangtung. — Los japoneses: tipo fino y tipo basto. — Elementos ainos y malayos. — Coreanos. — Indígenas de la India posterior. — Elementos mogoles, indios y malayos. — Los llamados salvajes de la India posterior. — Emigraciones del Norte á la costa.

Los tres países del Asia Oriental, China, Corea y Japón se pintan en los mapas con el mismo color, que corresponden también á los mogoles del Asia central, y sus pueblos se consideran como pertenecientes á la raza mogola. Para un examen superficial esto parece fuera de duda, pues su predominio en el continente es casi exclusivo. Parece, pues, natural que se hayan extendido hasta las playas oceánicas en la dirección indicada por sus residencias. Además la historia refiere invasiones de los nómadas del Asia interior en la China central, que llegaron hasta las orillas del mar y luego se corrieron á la India posterior, Formosa y el Japón. A un atento observador no se le puede ocultar que la presencia de un pueblo tan dado á la navegación como el malayo, situado frente á la costa Sudeste asiática, no pudo menos de tener por consecuencia cierto avance hacia el Norte.

En el dilatado territorio del imperio chino no se han notado otros elementos de razas distintas de la mogola, mas tampoco se puede afirmar se hayan buscado con detenimiento: sin embargo, se han reconocido diferencias notables entre las poblaciones, causadas acaso por condiciones climatológicas y sociales. De todas maneras es imposible que esta masa inmensa de centenares de millones de hombres sea una raza uniforme. La impresión causada por la posición de los ojos, las caras anchas, los cabellos negros, las cabezas redondas y la estatura comunmente mediana ha hecho equivocarse á los observadores superficiales, pero ya el color de la tez cambia de una á otra zona. En la China del Norte los niños tienen mejillas encarnadas, mientras que en el Sud el tinte general es amarillento oscuro, aunque no tanto que se puedan llamar chinos negros. En el Sud la estatura es más baja que en el Norte, donde se encuentran algunos hombres casi gigantescos. Hagen tomó mil medidas de chinos meridionales, todos más bajos que los pueblos de estatura regular. Este viajero no encontró un solo hombre que llegase á 1 metro 80 centímetros. A la circunstancia de la estatura más alta y del color más claro se debe que sea bastante fácil para un europeo que vista traje de chino no ser conocido de los indí-

genas. Las facciones de los chinos del Norte tienen también más parecido con las de los europeos, mientras que los japoneses y coreanos no se les parecen en lo más mínimo. Al contrario, un indígena de Siam ó de Anam sería más difícil de distinguir entre los chinos del Sud que entre los del Norte, pues por lo general aquéllos se parecen más que éstos á los indígenas de la India posterior. La China tiene también su tipo aristocrático, nariz aguileña, ojos y boca estrechos; la población trabajadora tiene facciones más groseras que recuerdan las de los malayos. Toda la diferencia entre los mogoles endurecidos en el trabajo y los mogoles debilitados por oficios industriales y el uso del opio estriba más bien en condiciones sociales que en variedades de raza. Acaso con el tiempo será posible distinguir mejor los varios elementos del pueblo chino y parece razonable contar con esta posibilidad. En la sola provincia de Kuangtung habitan separadamente tres razas, los puntis, akkas y hoklos, cuyas lenguas, dialectos de la china, se relacionan entre sí como el alemán con el holandés y dinamarqués. Los puntis, que son 21.000.000, dominan en todos los cargos, en el comercio, en la industria y en la agricultura. Sus aldeas demuestran una situación más desahogada que las de los hokkas y hoklos. Casi todas las mujeres contienen el crecimiento de los pies, mientras que las de las otras razas los dejan crecer naturalmente. Sus campos son más fértiles estando en el llano, al paso que los de los hokkas están casi todos sobre colinas y vertientes montuosas. Los hokkas, 4.000.000 poco más ó menos, parecen haber pasado desde el Norte á vivir entre los puntis, y su situación es bastante desfavorable. Sin embargo, son los más fuertes, enérgicos, y tienen más influencia que los demás en las colonias. Comunmente toman en arriendo los campos, pero cuando han formado importantes aldeas se niegan á pagar el arriendo y se arman contra los propietarios del terreno. La mayoría de los hokkas trabaja á jornal en los campos ajenos; de la misma manera se dedican á toda clase de trabajo. Los misioneros tienen en ellos los más numerosos prosélitos. En otra época estos laboriosos extranjeros eran bien acogidos por los ricos propietarios de los distritos meridionales y occidentales del Kuangtung, pero con el tiempo surgió un odio que produjo en el continente motines sangrientos y una continua discordia en Hongkong. A principios de 1860, algunas bandas de hokkas, echados de sus aldeas por los puntis, ocuparon tres zonas entre el río occidental de Kuangtung y el mar, y supieron conservarse allí en una posición tan difícil entre indígenas enemigos: prueba interesante de los varios medios por los cuales se extendió el elemento chino en el imperio, fomentado por la mezcla con otros varios elementos, lo que sin embargo no lleva á una unidad absoluta; pues, aunque las varias razas habiten juntas no se mezclan completamente, conservan sus propias lenguas y otras originalidades. Hemos nombrado como tercer elemento á los hoklos, cerca de 3.000.000, que han salido de la provincia de Fukíán, habitan en su mayoría las costas y se dedican á la pesca y la agricultura. Tienen el color más oscuro y son más fuertes que los chinos del Sud. Se les parecen, según las tradiciones chinas, los tangkas, que habitan en el río Cantón en botes y cabañas construídas sobre estacas. Los hombres son barqueros, trabajan en astilleros y cosas semejantes; las mujeres conducen góndolas. Según Nacken, sus facciones son más abultadas, su color más oscuro y su estatura más baja que la de sus vecinos los chinos del Sud.

También en las colonias chinas existen las variedades propias de una población tan densa. En Singapore son más estimados los chinos de Fukíán; entre ellos se encuentran los

mejores y más corteses mercaderes. Los de Cantón vienen después, luego los de Macao y los últimos en la consideración de la colonia son los habitantes de las costas de Kuangtung, llamados ayas. Son más fuertes, pero indisciplinados, hombres rudos y violentos. En fin, se encuentran los mestizos chinos, es decir, una raza mezclada con los malayos, que hablan malayo y comunmente también chino, pero aprenden con más facilidad el inglés que los chinos puros. No son muy estimados por su actividad, pero sirven generalmente para intérpretes.

Los japoneses tienen el color más claro que otros asiáticos del Este, color que llega á parecerse á la tez de los blancos. Bastián, al entrar en el territorio japonés, escribe: «El viajero que llega al Japón queda sorprendido al ver tantas personas de tez blanca, la cual difiere mucho del tinte amarillo de los chinos y del oscuro de los malayos ó de los indios. Especialmente las mujeres tienen el cutis transparente que estamos acostumbrados á ver entre nosotros.» Esta descripción no cuadra á todos los japoneses. En las clases inferiores, especialmente en las partes septentrionales del Archipiélago, dominan tintes más oscuros, que recuerdan el color malayo, y una constitución gruesa y huesosa. El japonés no ve en esto el ideal de su raza, á la cual atribuye piel clara, cabello oscuro, pero liso y talle esbelto. Los japoneses consideran como rasgo distintivo de razas inferiores el cabello rizado y hasta ondeado: dicen que indica una mezcla de sangre aina. Tampoco en el extranjero causa la población japonesa la impresión de unidad que produce una gran parte de la población china. Bordier pretende que ésta se ha mezclado con seis razas diferentes: ainos, jetas, negritos de las Filipinas, mogoles del Continente, coreanos y en fin, malayos. Broca observó entre sus discípulos á un hombre amarillo, pequeño, de cabello oscuro, que era muy aplicado y silencioso. Le preguntó: «¿Es V. un japonés? — No, le contestó, soy brasileño, pero en París me han tomado á menudo por japonés.»

No se deben olvidar, sin embargo, las diferencias sociales, que producen también diferencias físicas. En las clases superiores, la estatura es más alta y esbelta, en las inferiores predomina una constitución gruesa y musculosa.

Es dudoso que entre la última clase del pueblo japonés se reconozcan huellas de un pasado distinto. También existe en aquel país una clase excluída del resto de la población y considerada impura; esta clase es la de los jetas ó jetoris. Como los parias, están obligados á hacer los trabajos más viles; según el culto de Kami, se les considera impuros desde que el Mikado Tenmu (672 á 678 de nuestra era) prohibió comer carne de animales domésticos; no tan sólo les está prohibida la entrada en todos los lugares sagrados, sino también toda clase de relación con los demás. La consecuencia de esto ha sido el que vivan en aldeas especiales, donde ejercitan sus oficios y pasan su triste vida.

En el Japón hay indistintamente habitantes de nariz ancha y de nariz aguileña, habiendo asimismo algunos tipos de frente baja, nariz ancha y boca grande de labios gruesos; otros más nobles, de forma ovalada, ojos más oblicuos y estrechos, nariz bien formada, boca pequeña. Este último tipo, exagerado, encuéntrase en todas las pinturas, que representan damas principales; el primero, al contrario, en las que figuran personas de baja esfera, y aun célebres guerreros. El tipo más bonito, en los varones, es algo afeminado. Le es propia la expresión inteligente, característica de muchas fisonomías japonesas.

El elemento malayo se reconoce en la construcción de las moradas, que entre los japoneses, malayos y polinesios